

## SERMON

SOBRE

### LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.



*Anima ejus in amaritudine est.*

Lib. IV, Regum, capítulo 4.º, v. 27.

FRECIENTABA el profeta Eliseo, amados míos en Jesucristo, sus visitas á la ciudad de Sunam, y en ella obró gran número de sus prodigios, segun se nos refiere en el libro cuarto de los Reyes. Una piadosa mujer se habia hecho cargo de prepararle gracioso hospedaje. Era estéril, su marido anciano, y habian perdido ya toda esperanza de sucesion; mas por la intercesion del profeta, se dignó el Señor concederles milagrosamente un hijo.

Era, por tanto, este inesperado fruto de su santa union, el lazo de paz y felicidad que les estrechaba en medio de las penalidades de la vida, y la alegría

y el dulce consuelo de su ancianidad. Mas hé aquí que el niño se indispone, enferma de repente y muere.

La triste madre, llena de amor y de fé, deposita el cadáver del hijo de sus entrañas en el pobre lecho que tenia constantemente preparado á su huesped; corre presurosa al monte Carmelo, residencia habitual de Eliseo, póstrase á sus piés, que besa y estrecha en amargo llanto é inunda con abundantes lágrimas, y exclama entre no interrumpidos sollozos: «Por tí me fué concedido el hijo de mi amor, tú restitúyemele á la vida.»

Al ver el profeta tan vehemente demostracion de dolor, se dirige á su criado Giezi, que trataba de apartarla, y le dice: «Déjala desahogar, porque su alma está devorada por una grande amargura:» *dimitte illam, anima enim ejus in amaritudine est...*

Y ¡qué bien se nos bosqueja en este pasaje del libro cuarto de los Reyes la grandeza del dolor de esa divina Sunamitis, al pié de la Cruz del Salvador! ¡Ella habia recibido tambien milagrosamente al Hijo único de su amor, y le vé pendiente de un patíbulo infame, denegrado, cubierto de sangre, despedazado y muerto entre dos malhechores! Su alma es tambien presa de una grande amargura: *anima enim ejus in amaritudine est.*

Repetidas veces, aunque en otro lugar, me he ocupado de esta materia, profunda, inmensa, que nunca se agota. En ellas procuré daros á conocer la

gran mision de la Virgen María; su carácter sublime de co-redentora del género humano, y la grandeza de su amor, relacionado con la inmensidad de su dolor. Hoy pretendo examinar otras varias causas especiales más remotas y acaso sensibles, pero tambien emanadas de la misma fuente. Porque el dolor, señores, está siempre en relacion del amor.

Examinaré, pues, brevemente algunas de las causas que, basadas sobre el amor de María hácia nosotros, devoran su corazon al pié de la Cruz del Salvador, segun la frase del citado libro cuarto de los Reyes: *anima enim ejus in amaritudine est.* Despues deduciré de ellas algunas reflexiones morales.—AVE MARÍA.

*Dimitte illam, anima enim ejus in amaritudine est.*

Lib. IV, Regum, capítulo 4.º, v. 27.

El piadosísimo San Antonino de Florencia<sup>1</sup>, al contemplar la inmensidad del dolor que devoraba el corazon de la Santísima Virgen María al pié de la Cruz de Jesus, decia que no se atrevia á saludarla con aquellas palabras de júbilo y de gloria con que fué saludada por el ángel en el dia de su exaltacion.

1 4.º pars. Theol., tit. XV, cap. 41.

Y en efecto; comentando estas palabras un escritor místico, dice: «Si la saludamos con la palabra *Ave*, que significa *sin pena*, no la conviene porque su alma está oprimida de grande amargura. Si la llamamos *María*, que significa *iluminada*, mucho menos, porque al pié de la Cruz del Salvador está como oscurecida y eclipsada. Si la decimos *el Señor es contigo*, podrá respondernos, como Gedeon: «si el Señor es conmigo, ¿cómo han venido sobre mí tantos males?» Y si la decimos, últimamente, *benedita entre todas las mujeres*, nos contestará: «¡Ah! no. Yo estoy crucificada con mi amado, y el comun adagio dice que es maldito todo el que muere en el patíbulo de los infames.»

Pero esta antítesis, señores, es tan bella como ingeniosa. Veamos ya las causas del dolor de María junto á la Cruz de su amado.

La primera es la reciprocidad de los dos amores. El corazón de la Madre estaba perfectamente de acuerdo con el corazón del Hijo. Jesús sufría en gran manera al ver á María reprimiendo su dolor; María padece de un modo inexplicable al ver á Jesús reprimiendo el suyo. «Gemía en su corazón el Hijo, dice San Lorenzo Justiniano<sup>1</sup>, considerando á la Madre espectadora de aquel horrendo suplicio, y como que la reconvenía diciéndola: tu dolor aumenta el mio, y gemía el corazón de la Madre al

<sup>1</sup> Lib. de triumph. agone, cap. 11.

contemplar este dolor del Hijo:» *dolor tuus meum auget, cruciatus tuus transfigit me*. Así que por esta mútua reciprocidad de afecto y de dolor, crecía éste hasta el infinito, y sólo la muerte de Jesús ó de María pudieran terminar esta lucha, cortando la cadena que ligaba sus corazones. «¡Oh dolores inexplicables! exclama el Padre San Bernardo<sup>1</sup>, ¡oh admirable reciprocidad del santo amor! ¡Padece el Hijo y padece en su corazón la Madre, y este dolor se refleja de nuevo en el corazón del Hijo!» *Filius patitur et intus valde compatitur matri!*

La segunda causa del dolor de la Santísima Virgen María junto á la Cruz de Jesús, fué su imposibilidad de prestarle el menor alivio en los últimos amarguísimos instantes de su vida. Para una madre es amarguísimo este desconsuelo. ¡Ah, vosotras, madres que me escucháis, podéis dar testimonio de ello! Pues María vé aquella divina cabeza, trono de majestad y de gloria, penetrada de punzantes espinas; su rostro, que era la alegría de los ángeles, cubierto de sangre, de saliva y de lodo, hinchado y despedazado; sus manos, que fabricaron los cielos y la tierra, rasgadas y ensangrentadas, y vé pintada en su desfigurado rostro la negra sombra de las angustias que devoran su alma... y oye la risa y la burla sacrilega de los verdugos que se reparten sus vestiduras, y todo lo vé y lo oye

<sup>1</sup> Serm. de Pass. Dom.

sin que pueda prestarle el más ligero alivio. El Padre San Anselmo decia á este propósito: «¿quién podrá ponderar el dolor de la Virgen María junto á la Cruz del Salvador, cuando le vé ligado con cuerdas como á un malhechor y no le puede desatar; herido de piés á cabeza y no puede ligar ni fomen-  
tar sus llagas; vé su rostro cubierto de sangre y no le puede limpiar; vé su cabeza inclinada y no puede sostenerla y reclinarla sobre su pecho; le oye que-  
jar de sed y no le puede ofrecer siquiera un poco de agua. ¡Ah, cuánta seria en aquellos momentos su tristeza, su amargura y desconsuelo!»

Pero al horror exterior de estos tormentos, á la amarga y desoladora tristeza que llevaban al corazón tierno de la Madre, otras consideraciones, otros tor-  
mentos morales, tormentos mayores que los materia-  
les y externos, aquellos que hicieron exclamar al Salvador, por boca de su real profeta: «sobre el dolor de mis heridas han añadido:» *super dolorem vul-  
nerum meorum addiderunt*, aumentan de un modo inexplicable el que inundaba ya el corazón de María.

Allí, inmóvil junto á la Cruz, semejante á la roca combatida de furiosas olas, contempla la sevicia con que trataban al amado de sus entrañas; al inocente por esencia; al bienhechor constante y solícito, que atravesó los pueblos y los desiertos de Judea haciendo bien: *pertransiit benefaciendo*. Le habian conde-  
nado á muerte, y muerte de Cruz, que era la más ignominiosa; la destinada para los esclavos y gran-

des facinerosos. Le crucificaron desnudo, ante un inmenso pueblo, para mortificar su delicada pureza, cuando, segun el P. San Juan Crisóstomo, no acostumbraban desnudar á ningun reo, como no desnudaron tampoco á los dos malhechores que le acompañaron en el suplicio. Le crucificaron en el monte Calvario, lugar destinado para la ejecucion de los mayores criminales; lugar, por tanto, asque-  
roso, cubierto de huesos humanos, que infundia el terror y el horror más negro y espantable. Entre dos ladrones, para denotar que era semejante á ellos, y aun peor que ellos, y en el día solemnisimo de la Pascua, cuando habian concurrido á Jerusalem mul-  
titud de gentes de todos los pueblos y naciones, para que su nombre pasase cubierto de infamia hasta los puntos más apartados del mundo. ¡Qué crímenes tan horribles no suponía, señores, aquel terrible castigo, cuya ejecucion no podia retardarse ni un solo día!

Mas á esta causa moral que aumentaba de un modo indefinible el dolor de esa triste Madre, agre-  
gábase el conocimiento del poco fruto que habia de seguirse de la pasión y muerte de Jesus.

María, inspirada del cielo, conocedora de los de-  
signios de Dios, sabia el poco fruto de la pasión del Salvador, piedra de escándalo y ruina para muchos, conforme al vaticinio de Simeon. Recordaba aquella notable sentencia de Miqueas: «¡ay de mí, que soy semejante al que hace la vendimia en el otoño!» *va  
mihi, quia factus sum sicut qui colligit racemos in*

*autumno* <sup>1</sup>; y la experiencia de la recolección verificada en el Calvario, no le dejaba lugar á la duda. ¡Entre tantos ingratos y pérfidos verdugos, sólo el buen ladrón y el feliz centurión, que mandaba la legión romana, hé aquí los racimos dichosos cortados en la vendimia del Calvario! ¡Su corazón de Madre siente los tormentos materiales del Hijo, su amor de Madre y co-redentora del género humano, siente aun más la ingratitud y la perdición del hombre!

Y cuando la triste Madre devoraba en su corazón estas amargas consideraciones, una voz sale de la Cruz, la voz casi exánime de la sagrada víctima que, dirigiéndose á ella, y señalándole al discípulo querido, la dice: «Mujer, hé ahí á tu hijo.» «¡Esta voz, dice el P. San Bernardo, acabó de desgarrar las entrañas de María; ella sustituye al siervo por el Señor, al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios, al puro hombre por el Dios verdadero!» Esta voz es una verdadera espada de dos filos que divide el corazón y el alma de la triste Madre, y le recuerda con más viveza que ningún otro paso de su amarga vida, la funesta espada de Simeón, aquella negra sombra que le perseguía por todas partes. Esta voz es aquella palabra viva y eficaz de Dios, que nos describe San Pablo <sup>2</sup>, más aguda que la espada de dos filos, que penetra y divide hasta el fondo del alma. Palabra *viva* del Dios

<sup>1</sup> Cap. 7.º

<sup>2</sup> Ad Heb., 4.º

del Calvario moribundo; palabra *eficaz*, porque desde entonces María aceptó el cargo de Madre del hombre, y éste la reconoció y acogió como tal, con toda la efusión de su alma; palabra *penetrante* más que la espada de dos filos, que obra sobre el corazón y sobre el espíritu; palabra que *divide hasta el fondo del alma de María*, «de tal modo, dice el P. San Bernardo <sup>1</sup>, que á no ser sostenida por el mismo Dios, hubiera muerto allí al pié de la Cruz, á la violencia del dolor.» ¡Oh palabra sublime, admirable, profundamente misteriosa, fundida en el seno de la caridad de todo un Dios de amor, cuán felices nos haces! ¡Bendito seas, Dios de misericordia, pues así como el buen pastor, nos dejais al cuidado de vuestra misma Madre, y bendita seais mil veces, dulce Madre nuestra, porque así nos habeis dado á luz en el Calvario, según la expresión del mismo San Bernardo, aun á costa de grandes é inexplicables dolores! *magno dolore parturiens!*

Ved, pues, en resúmen, amados míos, las principales fuentes del dolor de nuestra tierna Madre María, junto á la Cruz del Salvador, que, como otros tantos pequeños torrentes, salen del mar inmenso de su encendido amor, y son la recíproca uniformidad de los corazones del Hijo y de la Madre, la presencia de los grandes tormentos que padece el Salvador, sin poder prestarle el más ligero alivio, la conside-

<sup>1</sup> Serm. de Anunc.

racion de la inaudita sevicia de los verdugos, la reflexion amarga de la inutilidad de la Pasion y de la preciosa sangre de Jesus para con muchos, las palabras del mismo Jesus que la constituyen Madre de los hombres, sustituyendo al hijo natural por el adoptivo, al esclavo por el Señor, al hombre puro por el Dios verdadero. Ved con cuánta razon podemos aplicarle las citadas palabras del libro cuarto de los Reyes: «su alma está devorada de una grande amargura:» *anima enim ejus in amaritudine est.*

Ahora me permitireis una reflexion tan sencilla como propia de la materia que nos ocupa.

La conducta de la Santísima Virgen junto á la Cruz del Salvador, nos liga de un modo dulce, pero con lazo indisoluble. Allí nos ha dado á luz á costa de grandes dolores... Semejante á Raquel, es Madre de un hijo considerado bajo dos aspectos; de Benjamín, que es Jesucristo, el Hijo del amor, y de Benoni, hijo del dolor, que es el género humano. Pues como hijos de amor, en la persona de Jesucristo nuestra cabeza, demos prueba de nuestro amor y gratitud hácia nuestra dulce Madre María, y como hijos del dolor, compadezcámosla y admirémosla en el mar inmenso de sus amarguras. Amor y compasion á María, gratitud á sus beneficios é imitacion de sus virtudes, hé aquí lo que nos hará felices en esta vida y en la otra.—AMEN.

## HOMILIA <sup>1</sup>

sobre aquellas palabras del cap. 2.º, v. 35 de San Lucas:

ET TUAM IPSIUS ANIMAM PERTRANSIBIT GLADIUS.

SEÑORES PROFESORES, AMADOS SEMINARISTAS: Por tres años consecutivos me he ocupado, aunque en otro lugar, y de un modo público y solemne, de los dolores de la Santísima Virgen María junto á la Cruz del Salvador, materia de mi especial devocion y afecto. Hoy no debo privaros de la piadosa é instructiva meditacion sobre tan grato y tierno asunto, uno de los más comunes y familiares al pueblo cristiano.

En aquellos años, correspondiendo al auditorio y al objeto que nos congregaba, me ocupé principalmente en ponderar el dolor material de la Virgen María, sin desatender del todo el espíritu de

<sup>1</sup> Esta, y las dos siguientes fueron predicadas sin solemnidad en la capilla particular del Seminario de Cádiz.